Además, es cosa que todo el mundo ha observado, que los hombres de una actividad mental extraordinaria suelen no dejar retoños.

Pero los casos de ésta índole pueden explicarse de otro modo.

La reacción del cerebro sobre el cuerpo es tan violenta, el dispendio exagerado del sistema nervioso es tan capaz de debilitar el corazón y de interrumpir la digestión, que la ineptitud observada en tales casos proviene, sin duda, mucho más de un desorden constitucional que de la sustracción directa de fuerza que produce una acción excesiva.

Estos hechos concuerdan ó armonizan con la hipótesis.

Pero ¿hasta que punto le sirven de apoyo? No podemos decirlo.

IV.

No faltará quien diga que siendo las razas civilizadas generalmente más numerosas que las no civilizadas, y puesto que son un poco más complexas, á la vez que un poco más activas, deben ser, de conformidad con la ley general, menos prolíficas.

Ningún hecho, sin embargo, prueba que así sea; más bien parece que es lo contrario.

Se puede contestar que si las demás condiciones fueran iguales, estas variedades superiores tendrían cifras inferiores de acrecentamiento.

Pero las otras cosas no son iguales, y á la desigualdad de las dondiciones es á

la que se puede atribuir esa aparente anomalía.

Ya hemos visto que los animales domésticos son mucho más fecundos que sus conjenéricos salvajes, y que las causas de esta mayor fecundidad, son también las de la mayor fecundidad, relativa ó absoluta, que ofrecen los hombres civilizados en su comparación con los salvajes.

Otra de las causas es la diferencia de la cantidad de subsistencias.

Los australianos, los de Tierra de Fuego y algunas razas más, de las que se podría citar la cifra inferior de multiplicación, tienen, á no dudar, una alimentación insuficiente.

Los retratos que nos han dado á conocer Livingstone, Beker y otros viajeros, nos proporcionan una prueba evidente de la extrema depleción común entre las razas no civilizadas.

Tanto en la cantidad como en la calidad, su alimentación es mala.

Frutas silvestres, insectos, larvas, lombrices, etc., que nosotros rechazamos con repugnancia, entran por mucho con frecuencia en su régimen.

Las comen crudas, y no tienen ninguno de nuestros instrumentos para hacerles una preparación mecánica y despojarlas de la parte inútil.

De modo que viven de sustancia de menos valor nutritivo, que son más costosas de mascar y digerir.

Además los hombres no civilizados no tienen abastecimientos muy regulares: cortos períodos de abundancia alternan con largas épocas de escasez.

Por más que se sácian cuando llega la ocasión, y compensan un tanto las privaciones pasadas, no es, sin embargo, con grandes comidas, de tarde en tarde, como

pueden neutralizar los efectos de un prolongado ayuno.

Tengamos también en cuenta que, poco previsores como son los salvajes á penas se ponen en movimiento sino cuando les aguijonea el hambre: podemos, pues, decir que están mal alimentados, y reconocer que áun las clases más pobres de las naciones civilizadas, que hacen comidas regulares de sustancias exentas de todo lo que no es nutritivo, fáciles de mascar y digerir, de bastante buena calidad, y en cantidad suficiente, sino abundante, están mejor alimentadas. Así es que, aunque la acciónmuscular parezca producir un consumo mucho mayor en los hombres civilizados que en los salvajes, y aunque sea probable que entre nuestros trabajadores la reparación cuotidiana cueste más, hay muchos casos en que la diferencia no es tan grande como podría suponerse.

La caza es muy laboriosa, y las razas inferiores hacen grandes esfuerzos para buscar y adquirir algunos despojos de alimento grosero con los que principalmente viven.

Suponemos que, por lo mismo que los bárbaros tienen tanta aversión al trabajo regular, su acción muscular es menos que la nuestra.

Pero esto no es exacto.

Lo que ellos no pueden sufrir es el trabajo monótono, y ocurre que se someten voluntariamente á esfuerzos tan grandes ó aún mayores cuando se hallan excitados.

Recordemos que los cazadores que escalan alegremente escarpadas montañas en persecución de un gamo, se considerarían sometidos á trabajos forzados si tuvieran que hacer iguales esfuerzos ó emplear al mismo tiempo en cavar la tierra; veremos que el salvaje, lo contrario del hombre in-

dustrioso, puede no obstante sufrir un dispendio muscular que no difiere mucho del que éste hace.

Si se añade que el hombre no civilizado está sujeto á un dispendio fisiológico mayor que el hombre civilizado, por falta de buenos medios de abrigarse y protegerse; que en ciertos casos tiene que compensar una pérdida de calor más grande, y que en otros sufre muchos daños ó contrariedades po la irritación que le causan enjambre de insectos, fácilmente se comprende que el dispendio total de la conservación del individuo entre ellos, es sin duda, en muchos casos, un poco menor, y en algunos mayor, que entre nosotros.

De suerte que, ya sean las razas civilizadas más numerosas que las salvajes; ya tengan en su sistema nervioso, al menos, algo de más complexo; ya, siendo iguales en todo, se las deba considerar menos prolí-

ficas; las demás cosas son tan desiguales, que si esas razas son más prolíficas, es por adaptarse á la ley general.

Hemos visto cómo entre los animales inferiores una evolución superior hace algunas veces más fácil la conservación individual, proporcionando recursos de que antes no se podía disponer.

Pues de un mudo análogo podemos esperar que entre las razas de hombres, las que en ligeros desarrollos ulteriores han dado orígen á costumbres y artes que facilitan mucho la vida, no solo no ofrecerán un grado inferior de fecundidad, sino que tal vez presenten uno superior.